

NEW LEFT REVIEW 145

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO-ABRIL 2024

ARTÍCULOS

MICHAEL MANN	Explicar las guerras	7
GÖRAN THERBORN	Los futuros de la izquierda	33

ENTREVISTA

KŌHEI SAITŌ	Reverdecer a Marx	51
-------------	-------------------	----

ARTÍCULOS

LORNA FINLAYSON	Sobre los males menores	67
NICK BURNS	La deuda estudiantil	75
JIWEI XIAO	Ficciones chinas	99
PETER OSBORNE	¿Política planetaria?	119

CRÍTICA

ROB LUCAS	Regla gruesa, regla fina	135
JACOB COLLINS	Lecciones de egohistoria	153
TERRY EAGLETON	Joyce moderno	168

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



CRÍTICA

Pierre Nora, *Jeunesse*, París, Gallimard, 2021, 235 pp.

Pierre Nora, *Une étrange obstination*, París, Gallimard, 2022, 344 pp.

JACOB COLLINS

LECCIONES DE EGOHISTORIA

Grandes expectativas acompañan inevitablemente a las memorias de Pierre Nora, publicadas con una portada que luce el clásico color crema cobrizo de Gallimard, la editorial en la que jugó un papel dominante durante más de cincuenta años, produciendo una lista soberbia –mil libros, dice él– de pensamiento social e histórico, al mismo tiempo que dirigía *Le Débat*, revista insignia de la vida intelectual antimarxista en Francia, y proponía y exploraba nuevas formas de historiografía en la École des Hautes Études en Sciences Sociales. Un equivalente estadounidense o inglés sería casi inimaginable: decidir las publicaciones de no ficción en Farrar, Straus and Giroux y al mismo tiempo dirigir *The New York Review of Books* y la investigación en el Institute for Advanced Studies de Princeton, por ejemplo; o transformar Faber & Faber, editando al mismo tiempo la *London Review of Books* y liderando una nueva escuela histórica en Cambridge. Centrando más el análisis, la obra de Nora en el campo de la historia ha enfatizado siempre la cuestión de la memoria. En su colección de *ego-histoire*, publicada en Gallimard, pidió a algunos de los principales historiadores de Francia que aplicaran su formación a su propia vida. Al entregar, cumplidos los noventa, los dos primeros volúmenes de su propia aportación al género –*Jeunesse*, sobre sus años de juventud, y *Une étrange obstination*, sobre su participación en el núcleo de la vida intelectual francesa– Nora no decepciona.

Jeunesse comienza con lo que Nora denomina la «escena primordial». Es la primavera de 1940 y el autor, de nueve años, huye con su madre y

sus tres hermanos a la ciudad fronteriza de Hendaya, esperando cruzar a España para desde allí embarcar hacia Estados Unidos. La madre, Julie, es la mayor de las cuatro hermosas hermanas Lehman, cuyos maridos, todos ellos miembros de la *haute bourgeoisie* francesa, están enemistados entre sí. El marido de la tía Bella, André Meyer, director del Banco Lazard, que había evitado el reclutamiento y había hecho una fortuna durante la Primera Guerra Mundial, se lleva a matar con el padre de Pierre, Gaston Nora, condecorado múltiples veces por su servicio a Francia en 1914-1918 y médico distinguido del Hospital Rothschild. Gaston permanece en París tras enviar a su mujer y a sus hijos a un lugar seguro.

En Hendaya todos los hoteles están llenos. Los Nora duermen en el coche, en la plaza del pueblo, durante una tormenta «tan fuerte como las que solo se ven en el cine», esperando que amanezca. Pero acababa de darse orden de no permitir la salida de Francia a los hombres mayores de dieciocho años. En el puesto fronterizo, sellan la documentación de Pierre, la de su madre y su hermana, pero a los dos hermanos mayores, Simon y Jean, los retienen. Simon hace señas a los demás para que crucen la frontera, donde tías y tíos dan muestras de impaciencia. En la confusión, Pierre recuerda a su madre apartándose de la multitud «como una leona furiosa a la que han separado de sus cachorros» para recuperar a sus hijos. A las ocho de la mañana se encontraron en una cafetería de la plaza. Había dejado de llover. Tras una estupefacción momentánea —«¿Qué vamos a hacer?»— se produjo una explosión de alegría: no saldrían de Francia.

El episodio proporciona a Nora la ocasión de comentar las contingencias de la vida: si las cosas hubieran salido de otro modo en la frontera, tal vez habría acabado de investigador en Estados Unidos, como el profesor de Berkeley que conoció en un congreso, cuya familia había cruzado la frontera ese mismo día. Pero al llamarla la «escena primordial» y situarla al comienzo de sus memorias, Nora nos pide que profundicemos más. ¿En qué sentido es este un momento formativo para Nora, una clave para entender su posterior trayectoria de historiador, de editor, de judío? ¿Cuáles son los hilos que recorren estos dos volúmenes y qué pueden decirnos acerca de la vida intelectual en la Francia posterior a la guerra? Al comienzo de *Jeunesse*, Nora explica de manera un tanto insincera que el trabajo sobre la memoria que efectuó cuando era editor y director de revista le ha dificultado escribir sobre su propia vida. Habiendo «recorrido este camino con tantos otros», es perfectamente consciente de los motivos y los convencionalismos que afectan por lo general al género. Sus memorias, además, «se niegan a organizarse en un todo coherente». En lugar de una autobiografía propiamente dicha, lo que él ofrece es «una mezcla de lo que he bautizado como “*lieux de mémoire*” y “*ego-histoire*”», es decir, una vuelta a las escenas clave y a la autohistorización.

Después de Hendaya, los Nora se refugiaron finalmente, como muchas familias judías, en Grenoble. Nora recuerda una serie de aterradores momentos en los que se libraron por muy poco. Estaban pasando unos días de vacaciones en una pensión a las afueras de la ciudad en el verano de 1943, cuando su bloque de apartamentos de Grenoble fue registrado por la Gestapo. En otra ocasión, al llegar para el almuerzo, la casera les hizo una señal de que desaparecieran: los alemanes los habían estado buscando y se habían llevado a un joven indocumentado. Simon y Jean se habían unido a la resistencia estudiantil, ayudados por un profesor, Jean Beaufret, que más tarde se convertiría en el principal promotor de Heidegger en Francia. Pierre estaba interno en un colegio local, refugio de judíos y comunistas. Una noche, el director irrumpió en su habitación y le dijo que se vistiera y saltase por la ventana del primer piso al patio nevado. Por encima de él, oía gritar a los alemanes, un sonido «que ha permanecido para siempre en mis oídos». Recordando una granja de la que Simon le había hablado, situada en la montaña, el muchacho de doce años se refugió allí varios días en un granero. La región de los Vercors siguió siendo un importante punto de tensión. En el verano de 1944, a una señal de Londres, los maquis declararon la «República Libre de los Vercors», esperando que los Aliados les lanzasen armas. Sobre la región descendieron, sin embargo, cuatrocientos paracaidistas nazis que causaron una devastación indescriptible. También en esta ocasión la familia escapó por los pelos del desastre, mientras cientos de personas caían en las redadas y eran asesinadas a tiros. Pierre conservó la memoria indeleble de una joven *résistante*, Germaine, «cálida y fuerte», que lo abrazó, le recitó un poema de Aragon, «*Ah Paris, mon Paris*», y lo tranquilizó asegurándole que todo iba a salir bien.

Los Nora regresaron a París después de cinco años de exilio interno y fue entonces, escribe Pierre, cuando «comenzó a formarse la mística en torno a mi familia». Simon fue el primero en hacer una carrera brillante, entrando en el Ministerio de Finanzas, el primer judío empleado en la Inspection Générale des Finances. Gaston Nora fue con él a preguntar si le pondrían pegas a dicho candidato. «¿Y por qué?», fue la respuesta oficial. «Judío, miembro de la Resistencia, de la izquierda reformista, guapo y muy inteligente, era perfecto para una sociedad cuyo centro de gravedad se había distanciado de la derecha derrotada y que tenía mucho que hacerse perdonar», comenta el hermano. Los hijos de las grandes familias se convirtieron en visitantes asiduos en su casa de la *rue La Boétie*, donde había también «un tráfico constante» de chicas atraídas por Simon y Jean; todos ellos encontraban allí «una libertad de tono y afecto recíproco» muy distinto de sus propias familias. Ese ambiente atrajo a una mezcla de talentos, escribe Nora, de Merleau-Ponty a Roger Vailland, Lacan y Servan-Schreiber.

Mendès France y su esposa llegaban a cenar: «Por aquellos días, quien no fuera comunista o gaullista solo podía ser *mendésiste*».

Al completar su educación en el Lycée Carnot, Nora estaba destinado, o eso creía él, a convertirse en estudiante estrella de la École Normale Supérieure: «Todos los que estaban a mi alrededor me lo llevaban prometiendo desde que era muy joven». Un profesor bien intencionado del *lycée* lo llevó a una fiesta que se celebraba en la institución y lo presentó a los profesores como uno de sus futuros alumnos. Pero Nora suspendió el examen de admisión tres veces. «Aunque deseaba con pasión aprobar, lo hice todo, de manera más o menos consciente, para no lograrlo [...] excesiva tensión nerviosa, respuestas inconclusas, reacciones somáticas desproporcionadas». Nora se muestra característicamente sincero acerca de un revés que tal vez otros escritores habrían omitido de la narración —«la juventud no ofrece muchas ocasiones de ser juzgado con tal precisión, globalmente y en el aspecto esencial. Humillado hasta la médula»— e idiosincrásicamente satisfecho con el resultado final: «Mucho más tarde comprendí que se lo debía todo a ese fracaso en la École, sin el cual mi vida habría sido indudablemente mucho menos rica e interesante».

En *Jeunesse* Nora relaciona el fracaso con su experiencia durante la guerra; lo mismo que les había ocurrido a otros que habían huido de los nazis, incluido su amigo de entonces, Pierre Vidal-Naquet. «Me fascinaban un medio intelectual, un tipo de cultura, a un tiempo cercanos y ajenos a mí. Jóvenes brillantes que nunca habían encontrado las realidades más brutales de la vida en aquel tiempo, que nunca habían vivido con el miedo en el estómago, que no sabían nada de los salvajes asesinatos y de los horrores nazis». Pero en todo caso, prefería los encantos «del mundo social» al «confinamiento carcelario y la disciplina académica» de la École Normale Supérieure.

Como alternativa, empezó a preparar la *agrégation* como profesor de *lycée*, y allí conoció a François Furet, «quien con su ironía, su elegancia natural y su sonrisa de hombre encantador» —«su polo negro y sus párpados hundidos»— «me sedujo de inmediato», así como a los recién casados Jacques y Mona Ozouf. El primer destino de Nora fue la ciudad de Orán en 1958, en los últimos tiempos de la Argelia francesa. Volviendo a París en 1960, publicó en *France Observateur* algunas reflexiones mordaces acerca de su experiencia. Un editor de Juilliard le sugirió que las ampliase para convertirlas en libro. *Les français d'Algérie* se convirtió en un éxito desmedido, que agotó enseguida la primera impresión —35.000 ejemplares— y dio renombre al joven escritor. El libro comenzaba con un ataque agudo a la población de la colonia francesa asentada en Argelia, una comunidad heterogénea de hecho: malteses, italianos, judíos y franceses, a los que Nora veía como un grupo humillado que deseaba con desesperación ganar la aprobación de la Francia metropolitana. Hambrientos de reconocimiento, los

colonos pagaban sus frustraciones con la población musulmana local, los únicos ante los que podían sentirse superiores.

Como reconoce en *Jeunesse*, Nora escribía como antropólogo de salón, operando por «instinto» y mediante la observación. Más inquietante fue el «retorno» de los judíos norteafricanos a Francia tras la independencia argelina. «Por primera vez –observa– yo veía una verdadera “comunidad judía”, cuya llegada a la “metrópoli” iba a cambiar profundamente la forma de la presencia judía en Francia». Mientras que las generaciones anteriores, mayoritariamente de ascendencia asquenazí, se habían asimilado a la vida francesa, Nora observó que los judíos de Argelia, de procedencia predominantemente sefardí, estaban resentidos con Francia, que primero los había perseguido durante el régimen de Vichy y luego los había traicionado con la decisión de descolonizar Argelia tomada por de Gaulle. Su llegada parece haber activado en Nora una concepción opuesta de la judeidad. Como observa en *Jeunesse*: «Formo parte de la última generación de judíos que experimentan hacia Francia solo un sentimiento de deber, el de trabajar más y mejor que los demás». Su padre, Gaston, era más francófilo aún, y sostenía la perspectiva poco ortodoxa de que los judíos franceses no eran semitas emigrados de Oriente, sino galo-romanos que se habían convertido a esa religión en la Edad Media y que con posterioridad habían sido perseguidos por el Estado francés. Nora admite que esto era «pasarse un poco de la raya», pero había residuos de esa perspectiva en su propio pensamiento.

Su siguiente punto de inflexión se produjo en 1962, cuando Juilliard, en aquel momento editor de *Les Temps Modernes* de Sartre, le ofreció un cargo en la editorial. Nora aprovechó de inmediato la oportunidad. Le encargaron la serie «Archivos», que reeditaba documentos históricos con introducciones de especialistas destacados. En pocos años, la calidad y la reputación de la colección llamó la atención de Gallimard. Nora se unió a esta editorial en 1965 con la idea de renovar sus grandes series de antaño: «Bibliothèque des Idées», «La suite des temps» y «L'espace humaine». Ahí es donde comienza *Une étrange obstination*, con el elocuente retrato que Nora traza de la editorial. Un acuerdo firmado con Hachette en 1932 por su legendario fundador, Gaston Gallimard, hacía que las reuniones semanales del comité de lectores, reunido en torno a una gran mesa oval, nunca tuviesen que considerar la viabilidad comercial de los títulos discutidos, solo su calidad literaria. A decir de Nora, la editorial estaba dirigida de hecho por dos secretarías. En la primera planta, junto a la oficina de Gaston, con su magnífico ventanal hacia el jardín, la formidable Odette Laigle decidía el destino de los manuscritos al asignárselos a los lectores. Amante de Gaston durante mucho tiempo, seguía concediéndole una tarde a la semana incluso después de casarse con un portero de Les Halles. En el piso de arriba, su amiga y rival, Suzanne

Duconget, reinaba sobre la producción. A Nora le advirtieron que se mantuviera en buenos términos con ella «si no, estás acabado».

Podría parecer que la destreza profesional de Nora contradice la «*étrange obstination*» del título, que podría traducirse libremente como «sumamente terco», pero esta se refiere a la tenacidad editorial y al enorme trabajo que dedicó a la confección de sus listas. Se sumergió en cursos de aprendizaje autodidacta sobre sociología, lingüística, historia medieval, civilizaciones mundiales, religión, devorando volúmenes de «*Que sais-je?*». Consciente de la naturaleza autárquica del mundo intelectual francés, consideró que su primera tarea era la traducción: *Masa y poder* de Canetti, *La gran transformación* de Polanyi, obras de Panofsky, Veblen y Meyer Shapiro. Estuvo a punto de conseguir a Lévi-Strauss, pero el gran mitólogo prefirió, en la mordaz observación de Nora, «seguir siendo el autor principal de Plon, que había publicado las *Memoirs* del general de Gaulle, a mezclarse con un grupo de intelectuales y académicos en Gallimard».

La llegada de Nora coincidió con un extraordinario florecimiento de las ciencias sociales, que a finales de la década de 1960 y comienzos de la siguiente alcanzaron su punto culminante: «La época me arrastró y yo la arrastré a ella». Cada título –*Las palabras y las cosas* de Foucault, *Problemas de lingüística general* de Émile Benveniste, *Homo hierarchicus* de Louis Dumont– se convirtió, escribe, en un acontecimiento intelectual, en un éxito comercial inesperado y, para Nora, «en una aventura editorial y personal». Foucault ya era conocido por su *Historia de la locura en la época clásica*, pero «explotó» con *Las palabras y las cosas*, «desplazando a Sartre en el firmamento de la filosofía literaria». Nora lo había convencido de que añadiese el subtítulo, *Una arqueología de las ciencias humanas*, convirtiendo su obra «en la teoría de la colección», un manifiesto intelectual que «devolvió a Sartre, el existencialismo, el marxismo y el humanismo al siglo XIX». A Nora no le interesaban en especial las «epistemes» de Foucault ni su noción del gran encarcelamiento, pero le «arrastró» su estilo, «un lirismo estrangulado, a un tiempo pedagógico y oratorio». Foucault, junto con Marcel Gauchet, «fueron los autores que más contaron en mi vida de editor, con los que más me divertí criticando a nuestros mejores amigos». Los libros editados por Nora en Gallimard se beneficiaron de las buenas reseñas de Furet y los Ozouf en *Le Nouvel Observateur* de Jean Daniel. «Era una familia», recuerda Nora.

Al mismo tiempo, siempre mantuvo «un pie dentro y un pie fuera» de Gallimard, contando con un nicho en Sciences Po y desde 1974 en la École des Hautes Études en Sciences Sociales, donde Jacques Le Goff, el principal medievalista de Francia, le ofreció un puesto de profesor de historia contemporánea. Furet y los Ozouf estaban ya en el claustro. Nora empezó a pensar de inmediato en el proyecto que acabaría convirtiéndose en *Les lieux de mémoire*. El primer seminario que impartió abordó el tema de la

conspiración, con Jacques Revel, Mona Ozouf, Gauchet, Furet y otros alrededor de la mesa, y Foucault despatarrado al fondo de la sala, garabateando en un cuaderno. He aquí el momento historizado por Nora: el final del crecimiento posterior al periodo de posguerra produciría otra mutación profunda en la conciencia nacional e histórica, un ataque al «gaullo-comunismo» canonizado por la Resistencia. El ataque de Furet a «la idea revolucionaria» –la noción de que Francia tenía un genio especial para la revolución, manifiesto en las explosiones de 1789, 1830, 1848, 1871, 1936 y 1968– encabezaría la agenda historiográfica del grupo. Una vez descartada la revolución como principio organizador de la historia francesa, las categorías culturales de *Le lieux de mémoire*, agrupadas en torno a las ideas de la república, la nación y «les Franceses», podían llenar el vacío. Nora recuerda una conversación telefónica con Furet, «el sueño de todo editor», en la que él estuvo «presente en la eclosión de un pensamiento»: el largo ensayo titulado «La Révolution est terminée», que forma la primera mitad de *Penser la révolution française* (1978). Los *nouveaux philosophes* de finales de la década de 1970 –extrañamente ausentes del relato de *Une étrange obstination*– se unieron al ataque al marxismo, que a partir de entonces se conocería como un totalitarismo y se identificaría firmemente con el Gulag.

Comprendiendo que Nora podría dejar la empresa y llevarse con él a varios de sus autores principales, Claude Gallimard lo invitó a crear una revista intelectual general para la editorial. Fue el comienzo de *Le Débat*, revista lanzada en 1980 y dirigida conjuntamente con Marcel Gauchet y el historiador y filósofo de origen polaco Krzysztof Pomian. Los tres directores se reunían todos los lunes por la tarde, asumiendo Gauchet el cargo de redactor jefe y Nora ayudando a «empujar el carro y confeccionar el menú». Si Nora disentía de alguno de los veredictos de Gauchet, Pomian actuaba de «juez de paz». Desde el punto de vista intelectual, Nora percibió los vientos cambiantes del París de finales de la década de 1970: «Era evidente que se estaba produciendo una renovación profunda en el mundo social y político. La sacudida antitotalitaria había abierto el camino a una nueva era». Con la revolución iraní, la apertura de China y la elección de Reagan y Thatcher la tarea «no era transformar el mundo, sino entenderlo».

El manifiesto editorial escrito por Nora para *Le Débat*, «Que peuvent les intellectuelles?» –«una profesión de fe modesta pero ambiciosa», dice él– atacaba el compromiso político de los intelectuales de izquierda y la prosa plagada de jerga del posestructuralismo (Foucault se enfurecería). Nora proponía, por el contrario, una «democracia intelectual» o, en una formulación más general y todavía más anodina, «una sociedad de individualismo democrático». *Le Débat* se negaba, en consecuencia, «a defender una Causa» o a «capitular» ante la retórica de la militancia, posicionándose, por el contrario, como un órgano de sobriedad política y agudo sentido común. Como

reconoce Nora, los principales interlocutores de la revista eran *Commentaire*, revista fundada por Aron en 1978, y *L'Esprit*, la revista católica de centro izquierda; conductos ambas de una atrincherada ideología procedente de la Guerra Fría. La revista no tardó en atraer una lista de colaboradores de alta calidad y Nora pudo jactarse con razón, tras la caída del socialismo en Europa del Este, de que los valores propugnados por *Le Débat* se habían convertido en «el espíritu de la época».

Con el éxito de la revista, Nora se encontró ocupando la posición de «un controlador de tráfico intelectual de tres vías» (en expresión de Debray) en Gallimard, en la École des Hautes Études en Sciences Sociales y en *Le Débat*. El poder institucional combinado de estos cargos lo convirtieron en un maestro de ceremonias polivalente en la *rive gauche*: en un director de orquesta de amplio espectro, en un agente de cambio y promotor/denegador en Gallimard, pero también en quien establecía las agendas en *Le Débat*. Un rasgo notable de *Une étrange obstination* es la galería de retratos que Nora ofrece de los intelectuales del momento. A Foucault y a Gauchet les dedica los lienzos de mayores dimensiones. En sus momentos más divertidos, Foucault era generoso y amante de la diversión, como quedó demostrado en las cenas y los vinos memorables que compartió con Nora en una visita a Túnez en 1968, y como atestigüó cuando le recibió en el aeropuerto con un ramo de flores. Una vez, en una salida nocturna por París, Foucault apareció vestido solo con un abrigo de piel y después se fue a toda prisa, diciendo que tenía que presentar a Roland Barthes en el Collège de France al día siguiente. En sus momentos más oscuros, Foucault podía ser inseguro y exaltado. Cuando descubrió que Nora iba a dirigir *Le Débat* con Gauchet, que había criticado su obra en *La pratique de l'esprit humain: L'institution asilaire et la révolution démocratique* (1980), soltó un torrente de insultos y amenazó con abandonar Gallimard. Nora ya se había apartando de Foucault, inquieto por lo que consideraba la «indiferencia a la verdad» de este. La raíz del problema era temperamental: Foucault tenía una «necesidad insaciable de ser querido» y usaba cada vez más sus escritos como modo de seducción.

Foucault, admite Nora, tenía razón al sentir celos de su relación con Gauchet, que en muchos aspectos era la antítesis de aquel: si «Michel era un acróbata de altos vuelos, Marcel daba la impresión de ser un campesino que sujeta con firmeza el arado», metáfora que hacía referencia a la infancia de Gauchet en la Normandía rural y su fidelidad a esta «herencia popular»: «Católico, campesino, conservador, con una dosis de revolucionarismo generacional y una capa de formación docente. Un toque de Péguy y odio a las “elites”». Cuando Gauchet llegó a París en la década de 1970, parecía «un oso grande y mal vestido, que hubiera emergido de la profundidad del campo». De manera más favorable, esta sensibilidad le dotaba de la aproximación de un obrero a las tareas intelectuales. No era un «genio» como

Foucault, pero tenía una forma de llegar al núcleo de las cosas y de descubrir la verdad. A este respecto, era el socio ideal para dirigir una revista y juntos formaron, en la descripción de Nora, la «pareja del siglo». Nora apreciaba también que Gauchet fuese suficientemente modesto como para no envidiar que le hubieran elegido a él para ingresar en la Académie Française, diciendo meramente «A mí déjame fuera», aunque «disfrutaba del chismo-rreo de la *quai* de Conti».

A estos retratos pormenorizados se añade toda una serie de miniaturas. Un esbozo de Aron muestra que el filósofo liberal era sensible y difícil de satisfacer. No le gustó el libro que Nora escribió sobre Argelia y le dijo que «le ponía un dieciocho sobre veinte al escritor, pero un cero al ciudadano». Cuando publicó en *Nouvel Observateur* una reseña positiva sobre *Dix-huit leçons sur la société industrielle* de Aron, Nora esperaba una nota de gratitud, pero solo recibió un rechazo cortante. Aron, además, tenía el hábito irritante de cortejar a sus enemigos, obteniendo cargos para Claude Lefort y Pierre Bourdieu, en lugar de cuidar a sus amigos. Con Claude Lévi-Strauss, Nora disfrutó muchos años de buenas relaciones. El antropólogo colaboró en los primeros números de *Le Débat* y le envió a Nora una nota de felicitación cuando publicó *Les lieux de mémoire*: «Has inventado una nueva fórmula, el libro museo». Su amistad se agrió un tanto en la década de 1990, cuando Nora, en una apreciación retrospectiva de *Tristes tropiques*, sugirió que la popularidad del libro podría explicarse en parte por el ascenso del Club Med y la nueva moda imperante entre los franceses de disfrutar sus vacaciones en el trópico.

La ausencia curiosa de esta galería es el retrato de Furet, el compañero más cercano y excuñado de Nora. Juntos, habían ascendido por las filas de la profesión histórica, se embarcaron en un recorrido continental por Estados Unidos, viajaron a Israel, y se consultaban mutuamente acerca de diversos proyectos bibliográficos. Y, sin embargo, los recuerdos de Nora tienen una cualidad amarga: «Siempre sarcástico [Furet era] un masoquista inveterado que se obcecaba con una fruslería, no perdonaba nada, y se vengaba hasta un extremo venenoso». Lo que sin duda le dolía a Nora era la frialdad de Furet ante sus logros: nunca entendió la importancia de *Les lieux de mémoire* (1984, 1986, 1992) y se negó a aportar un texto a la recopilación de autobiografías de historiadores, *Essais d'égo-histoire*, editada por Nora. Este observa también que la obra más conocida de Furet, *Penser la révolution française*, exigió una constante intervención editorial por su parte para convertirla en lo que es.

¿Cómo se historiza Nora a sí mismo, entonces? La crisis económica de mediados de la década de 1970 provocó el fin de treinta años de crecimiento y dio a los franceses la oportunidad de ver qué habían perdido con la modernización. La Francia rural prácticamente había desaparecido y con ella «las

costumbres, los estilos de vida, las tradiciones y los paisajes», que habían formado los cimientos de la identidad francesa desde la Edad Media. Lo que siguió fue una oleada de nostalgia por los mundos evanescentes del campo francés. Este fue el contexto en el que emergieron los separatismos regionalistas de Bretaña y del Languedoc durante la década de 1970 y en el que una obra como el *Montaillou* (1975) de Emmanuel Le Roy Ladurie, la microhistoria de una aldea aislada en el Languedoc del siglo XIV, editada extensamente por Nora, pudo vender 150.000 ejemplares.

Nora también identifica la decadencia del gaullismo durante la década de 1970 como punto de inflexión fundamental en la historia de la época. A corto plazo, la muerte del general acabó con el monopolio «resistenciaalista» de las interpretaciones de la Segunda Guerra Mundial y abrió la puerta a historias revisionistas, muchas de las cuales llamaron la atención sobre el lado más oscuro de la existencia de Vichy. A más largo plazo, el posgaullismo representó, en opinión de Nora, el retorno a un pasado francés más profundo. Existía una sensación general de que de Gaulle había estabilizado las instituciones, «brutalmente alteradas» después de 1789. Tras arreglar cuentas con la Revolución, los historiadores estaban reconsiderando el *ancien régime* e intentando, al estilo de Tocqueville, reinscribir el crecimiento del Estado-nación en la historia más amplia de la monarquía francesa. Estrechamente relacionada con ello estaba la «muerte de la idea revolucionaria», que se abrió camino gradualmente en la cultura del PCF, debilitando su vitalidad. La decadencia de lo que en otro tiempo había sido un partido de masas desequilibró el espectro político y aflojó el control de la izquierda sobre la historiografía de la Francia moderna.

Las revueltas monumentales de 1968 ejercieron también una atracción gravitacional sobre la cultura de las décadas de 1970 y 1980. La magnitud de los acontecimientos de Mayo, que Nora observó desde las alturas de su balcón del Barrio Latino, le pilló desprevenido. Pronto determinó, sin embargo, que las revueltas constituían un tipo distinto de acontecimiento histórico, no una ruptura con el pasado o la erupción de algo radicalmente nuevo, sino un fenómeno que se deleitaba en su propia inmediatez, algo más cercano a un espectáculo mediático. Para Nora 1968 marcó un punto en el que los acontecimientos no eran ya distinguibles de las reacciones ante ellos, lo cual ayudó a virar la cultura francesa hacia una mayor preocupación por el presente. Ello estaba también relacionado con el despertar de las identidades comunitarias que emergieron de 1968, descomponiendo el marco republicano unitario que se había mantenido desde la Revolución. A los «grupos minoritarios» –mujeres, homosexuales y judíos, entre otros– les interesaba más recuperar sus propias historias marginadas que reescribir la historia de Francia.

Estos cambios apuntaban hacia una nueva era de conmemoración e identidad en Francia para la que Nora estaba bien preparado. La idea de *Les lieux de mémoire* comenzó a adoptar una forma concreta cuando Jacques Le Goff le pidió que escribiera una historia general de la civilización contemporánea. Lo que distinguía a las sociedades actuales, en opinión de Nora, era la «nueva relación que cada una de ellas mantenía con su propio pasado» ante lo cual decidió descomponer esta categoría en tres modalidades: los países descolonizados, en los que la lucha por la independencia había dado lugar a la conciencia nacional; los países en proceso de descomunización, en los que la recuperación de la unidad se enfrentaba a un pasado «confiscado y deformado para siempre»; y los países industrializados, en los que se verificaban dos formas de memoria, una oficial y colectiva, transmitida principalmente a través de las escuelas, y otra privada e individual, que remitía a las experiencias personales. La tercera categoría se conformó claramente de acuerdo con el modelo de Francia y Nora se deshizo de las otras dos, cuando se embarcó en el proyecto de *Les lieux de mémoire*.

El primer volumen apareció en 1984, tras el giro neoliberal de Mitterrand y en el momento en el que el Frente Nacional de Le Pen efectuaba su contundente avance electoral. En su introducción general a la serie, Nora pintó una imagen lóbrega de la Francia contemporánea, que estaba perdiendo la identidad y el sentimiento de propósito común. En el siglo transcurrido entre la Revolución de 1830 y la Gran Depresión, «la historia, la memoria y la nación», explicaba, «disfrutaron de una comunión inusualmente íntima, una complementariedad simbiótica en todos los niveles». Este marco, sin embargo, fue aplastado en la década de 1930, cuando la sociedad de masas suplantó a la nación. El mundo del campesino, que había ligado la imagen tradicional de la memoria francesa al suelo, cedió el paso a una sociedad de individuos en la que la memoria se convirtió en un asunto estrictamente privado. Los santos patrones de este nuevo orden fueron Proust y Freud: todos tenían ahora derecho a su propia «*petite madeleine*» y a su propia escena primordial. Para Nora esto puso en marcha un giro hacia el nihilismo y la anomia social: mientras que la memoria había sido en otro tiempo histórica y comunal, actuando como punto de referencia común para individuos y grupos, ahora cubría solo los intereses de la realización personal, de ahí la fijación contemporánea por la genealogía y por encontrar las propias «raíces» por parte de cada persona.

Para combatir este sentimiento de tedio, Nora proponía un remedio conceptual innovador, los *lieux de mémoire*, las escenas y los lugares –reales y simbólicos– que almacenaban la memoria y la identidad francesas. Nora convenció a los principales historiadores de Francia, más de sesenta en total, para que ilustrasen estos «objetos de memoria» diferentes: Mona Ozouf escribió sobre el Panteón; Jacques Le Goff sobre Reims; Michel Vovelle sobre la

Marsellesa. La reconsideración de estos espacios de la memoria nacional tenía la «capacidad de parar el tiempo, de inhibir el olvido, de arreglar el estado de cosas, de inmortalizar la muerte y de materializar lo inmaterial». A los *lieux de mémoire* no podía accederse, sostenía Nora, mediante «categorías históricas tradicionales», que por lo general tenían al Estado como sujeto de la historia, sino solo desde una cierta distancia o mediante lo que él denomina, en una especie de frase hecha, la «historia de segundo grado». Los enormes volúmenes satisfacían la demanda del *Zeitgeist* [espíritu de los tiempos] para una cultura de reminiscencia subjetiva, en especial en Estados Unidos.

Con una recepción más discreta, Nora reunió *Essais d'ego-histoire* en 1987, una colección de ensayos autobiográficos escritos por siete de los principales historiadores de Francia. Nora preguntó a los historiadores entrevistados, si podían «describirse a sí mismos como habían descrito a tantos otros. ¿Les permitía el hecho de ser historiadores tener una forma específica de mirarse a sí mismos, diferente de la mirada del amigo, del escritor, del psicoanalista y del confesor?». El experimento de Nora estaba motivado por una sensación de que por fin los textos de historia se habían liberado de la tradición positivista del siglo XIX, cuya búsqueda de la objetividad científica había disuadido a los investigadores de usar la primera persona del singular en sus textos. Con la revolución social que tuvo lugar en la década de 1960 y el giro hacia la memoria personal, los historiadores se sentían más libres a la hora de reflejar sus propias conexiones personales con un determinado tema. Si, como suponía Nora, la historia se estaba volviendo más consciente de sí misma, los lectores podrían beneficiarse del análisis que un autor o autora efectuase sobre su propia «inversión existencial» en un tema: la egohistoria no significaba, en este sentido, un alejamiento de la objetividad, sino «un instrumento para mejorar la comprensión». Nora estaba lanzando un nuevo género, porque si bien los historiadores no habían eludido la autobiografía y las memorias en el pasado –Gibbon, Michelet, Croce, Henry Adams, entre otros– pocos podrían haber predicho en qué medida la historia contemporánea se escribiría, como ha expresado Enzo Traverso, «a través del prisma de la subjetividad del autor».

La época de la memoria no tardó mucho en generar sus propias patologías culturales, sin embargo, empezando por la aprobación de las «leyes de la memoria» a comienzos de la década de 2000. La ley impulsada por Christiane Taubira en 2001 y propugnada en el Parlamento francés por diputados de ultramar, reconocía que la esclavitud y el comercio de esclavos son «crímenes contra la humanidad». Ese mismo año, el gobierno francés «reconoció» oficialmente el genocidio armenio, «un suceso en el que no participó Francia». También estaban en curso leyes similares en referencia a la guerra de la Vendée y a la hambruna ucraniana de 1932. Para Nora esta «criminalización del pasado» marcaba un giro siniestro, que amplificaba

muchas de las peores tendencias de la cultura histórica francesa –presentismo y fragmentación de las identidades de grupo– al tiempo que les retiraba el poder a los historiadores para ponerlo en manos de políticos y abogados. Instrumentalizar el pasado para alcanzar objetivos políticos en el presente no puede, sostiene Nora, sino empobrecer el pensamiento histórico. Hay una paradoja ineludible en el rencor experimentado por Nora contra la política identitaria, puesto que fue él durante la década de 1980 quien lideró el llamamiento a asumir la memoria y la identidad. Nora era consciente cuando organizó las «egohistorias» de que dicha tendencia podría conducir a la subjetivación del pensamiento histórico, pero dado que a finales de esa década confiaba en que la historia entraría pronto en una era apolítica, los historiadores podrían analizar la identidad y la memoria de grupo en un plano libre de fricciones.

En el nuevo milenio la brusca caída de lectores se sumó al sentimiento de decadencia al hilo del abandono creciente por parte de la ciudadanía de los medios impresos a favor de los televisivos y digitales. *Le Débat* digitalizó sus números, pero a los editores les quedó pronto claro que los lectores accedían a artículos *à la carte* sin tener en cuenta los demás textos agrupados en un determinado número de la revista. Las suscripciones empezaron a reducirse a comienzos de la década de 2010, pero Gauchet y Nora no cerraron el quiosco hasta la pandemia de 2020. Libre de responsabilidades editoriales por primera vez en casi sesenta años, Nora podía por fin concentrarse en sus propios textos y poner por escrito «*ce que je portais en moi*», algo que llevaba años deseando hacer. Las memorias no representan para Nora a este respecto una especie de aditamento en su trayectoria profesional, sino una parte importante de su obra histórica y literaria.

Jeunesse pertenece a un género ampliamente practicado y apreciado en Francia, las memorias de niñez y juventud del autor. En este apartado hay una dura competencia de novelistas y filósofos: Rousseau, Stendhal, de Beauvoir, Sartre, Debray y Sarraute han escrito obras maestras literarias sobre sus primeros años de vida. Pero los historiadores han hecho también un uso efectivo del género, más recientemente con las memorias de Pierre Vidal-Naquet y Mona Ozouf. En comparación con estos dos predecesores, *Jeunesse* es un intento más romántico y absorto en sí mismo. Ozouf centra *Composition française* (2010) en la Bretaña de su niñez y en el esfuerzo por captar las relaciones sociales y familiares que modelaron su propio ego, y así la narradora pasa a segundo plano y adopta el papel de la etnógrafa. Vidal-Naquet era un año mayor que Nora y compañero de clase en París (los dos crearon en 1948 una revista de corta duración, *Imprudence*). A sus padres los mataron en Auschwitz en 1944 y en el primer volumen de las *Mémoires* (1995) cita extensamente las cartas del padre, lo cual dota al texto de una cualidad dialógica (y fantasmal). Por el contrario, *Jeunesse* es una cuestión

unívoca en la que protagonista y narrador están estrechamente alineados. Si la voz narrativa de Nora es más sosegada que la de los otros autores, el relato sobre la formación de su ego es inconfundiblemente el de un historiador cultural: no se trata el yo como una unidad siempre coherente y blindada, sino como una producción modelada por circunstancias de la vida tales como la guerra, la familia y la educación.

Nora es un tipo de narrador distinto en *Une étrange obstination*, más a modo de empresario, que llama la atención sobre las ideas de otros a través de sucintos *comptes rendus*. El efecto, como se pretendía, es el de recrear el ambiente que se respiraba en la *rive gauche* parisina en las décadas de 1960 y 1970, un momento de enorme creatividad en la vida cultural de la nación francesa. Como tal, revela el éxito de Nora como uno de los principales organizadores intelectuales del medio. Aun así no hay forma de eludir el sentimiento de decadencia nacional que impregna ambos volúmenes. En *Jeunesse* esa decadencia se sugiere en negativo, dando a entender que Francia era un país más libre en el que uno podía aventurarse en la poesía, suspender exámenes universitarios, abandonar la tesis y, sin embargo, acabar formando parte de la Académie française. El segundo volumen ofrece pruebas más directas de la decadencia, señalando de qué maneras se ha empobrecido la esfera cultural en el nuevo milenio.

Un rasgo curioso de estos libros es que no ofrecen ningún análisis acerca de quién o qué ha provocado esta decadencia nacional. A este punto ciego contribuye la sorprendente falta de interés de Nora por la política, lo cual separa artificialmente el mundo cultural del marco que lo rodea. La decisión de dejar a un lado la política es en parte deliberada y Nora declara con orgullo en *Jeunesse* que es «un hombre sin opiniones» de igual forma que Musil hablaba de un hombre sin atributos. «Mi decisión de ser historiador –añadía– quizá haya sido una forma de no situarme en la acción; ver, si se me permite decirlo, pasar el tiempo. Relatar, analizar e investigar, pero sin participar». El espíritu que animaba *Les lieux de mémoire* siempre fue más el de un pensador sociológico y cultural que el de un político. Su primera incursión en el mundo impreso, *Les français d'Algérie*, delataba el deseo de disculpar los crímenes cometidos por Francia en las colonias: trasladaba la responsabilidad a una comunidad de colonos «otrizada».

La tendencia a apartar la crítica de la República francesa y a proteger el sentimiento de identidad de esta se volvería más pronunciada a medida que el pensamiento y las obras de Nora avanzaban. Revisando *Les lieux de mémoire* treinta años después, los historiadores expresarían asombro ante el hecho de que ninguno de los ciento treinta «espacios de memoria» cubiertos en los volúmenes hiciera referencia directa a las colonias. El imperio, que en otro tiempo abarcó desde Norteamérica hasta Asia oriental y afectó a millones de vidas, había sido eliminado de la historia de la República francesa.

Aquí la política opera por omisión. Donde se vuelve explícita en *Une étrange obstination* es durante la oleada de huelgas de 1995, cuando Nora y Gauchet descubren con horror que la izquierda de la izquierda ha resurgido, nada menos que con Bourdieu a la cabeza. Parece que la decadencia es completa. Si bien Nora deja sin examinar su propia participación en el desencadenamiento de una sociedad que ahora deplora, estos libros fascinantes seguirán siendo, sin embargo, una guía indispensable sobre el gran giro que puso fin a la última edad de oro de la vida intelectual francesa.